

LA GENERACIÓN DEL CENTENARIO Y SU CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIOGRAFÍA PERUANA

Luis Jaime Calderón Losno
Colegio Santa Margarita (Lima)
jaimec008@gmail.com

En 1921, al conmemorarse el centenario de la independencia nacional, surge de las aulas de la Universidad de San Marcos la nueva y más tarde famosa generación del centenario, también conocida como la generación del conversatorio universitario. Esta nueva generación fue llamada así porque, precisamente, crearon esta institución con el objeto de estudiar la realidad peruana con criterio histórico (Pacheco, 1963).

Este grupo de intelectuales sanmarquinos aparece en medio de “las conmociones políticas, económicas, sociales e ideológicas siguientes a la revolución rusa y a la primera guerra mundial” (De la Puente, 1999-2000, p. 108). De ahí, su honda preocupación por lo social y político como también su actitud crítica frente a la historia. Por supuesto, también se entiende su postura puesto que ellos vivieron las secuelas de la reforma universitaria de Gabriel del Mazo en Córdoba, incitando a los jóvenes

de esos años hacia el cambio de las estructuras o de los moldes de la educación superior predominantes (Basadre, 1964).

Entre sus principales integrantes, ligados básicamente a la historiografía peruana, se encuentran cuatro grandes historiadores: Porras, Basadre, Leguía y Valcárcel. Además, cabe destacar, entre otros, la figura de Luis Alberto Sánchez, crítico literario y analista de la historiografía republicana, también personaje importante de las épocas del centenario de la independencia (Pacheco, 1963).

Lo que caracteriza fundamentalmente a este grupo de hombres ilustres, al igual que la generación anterior, es su interés y preocupación por estudiar intensamente al Perú. En todo caso, lo que singulariza a la generación del Centenario es, sobre todo, su inquietud social y su preocupación política, dado el contexto mundial que les tocó vivir a sus integrantes (De la Puente, 1999-2000). Otra característica de esta generación a diferencia de la del novecientos, es su “dedicación más exclusiva y especializada a la historia si se la compara con el humanismo de la generación anterior” (Pacheco, 1963, p. 547). Asimismo, con respecto a la anterior cabe señalar un avance en cuanto a la heurística y hermenéutica, además del establecimiento de equipos de trabajo especializados en una determinada época o etapa de la historia patria (Pacheco, 1963).

El conversatorio universitario

Al promediar los años previos a las celebraciones por el centenario, surge –entre los académicos– el afán por estudiar más a fondo el pasado peruano, en especial los hechos relativos a la guerra separatista, con énfasis en la contribución peruana a la gesta independentista. En esta línea de preocupación peruanista, cabe resaltar el aporte del conversatorio universitario, en el cual participarán jóvenes historiadores que más tarde se perfilarán en figuras consagradas de la materia en cuestión (Pacheco, 1963). En ese conversatorio:

se alistaron varias conferencias que han quedado como conferencias de primera magnitud para el delineamiento del ambiente, doctrinas y personajes que intervinieron en la época separatista. Por desgracia, aquellos ensayos juveniles no fueron apurados hasta sus últimos extremos, ni continuados en obras de envergadura (Lohmann, 1950, p. 329).

Específicamente, en el marco del conversatorio, se produjeron las siguientes presentaciones: “El ambiente de la Lima de finales del siglo XVIII” de Jorge Guillermo Leguía; “Las vidas de los clérigos Arce y Larriva” escritas por Raúl Porras Barrenechea; “Los poetas de la Revolución” de Luis A. Sánchez y “Las raíces ideológicas del movimiento separatista” de Manuel Abastos. Con razón, el profesor Guillermo Lohmann (1950) afirmaba: “Realmente después de las ejemplares enseñanzas de Riva Agüero, es al Conversatorio Universitario que las disciplinas históricas en el Perú deben un empuje renovador, que abrió una nueva etapa, cuya culminación presenciamos en los últimos años” (p. 329).

A pesar de los avances, siguieron en pie los asertos de la historiografía extranjera que se encarga de poner de relieve el aporte foráneo en desmedro de la colaboración peruana en el periodo de la emancipación.

Las circunstancias históricas favorables para el país en la época del oncenio, contribuyeron, de una u otra forma, a despertar interés y recrear los estudios históricos. Así pues, en el contexto de la conmemoración del centenario de la independencia, la capitulación de Ayacucho y la realización del mencionado conversatorio universitario, los integrantes de la generación empezaron a presentar sus estudios en dos órganos de difusión importantes: el *Boletín del Museo Bolivariano* y el *Mercurio Peruano*. Por citar algunos ejemplos de trabajos publicados en estas revistas, cómo no mencionar la monografía de Irigoyen sobre el tratado de alianza defensiva con Bolivia en 1873, colaboraciones de Riva Agüero sobre los primeros piratas y las réplicas de Belaunde a los ensayos de Mariátegui. *La realidad nacional* (1931) se publica en la revista *Mercurio Peruano*, por entregas, en 1929 bajo el título: “En torno al último libro de Mariátegui”. Corresponde las dos primeras a los números 120-130 (1929): 205-229 y 131-132 (1929): 333-345. Además, es preciso añadir que:

Bajo la firma del repetido Conversatorio Universitario, vieron la luz en diversas publicaciones periódicas de entonces, de las que aparte de las mencionadas, pueden citarse *Nueva Revista*, *Amauta* que aportaba opiniones sugestivas y la efímera *Inca*, orientada preferentemente hacia las investigaciones antropológicas y arqueológicas (Lohmann, 1950, p. 332).

Desde una óptica de signo contrario, el historiador Manuel Burga sostiene que en la evolución de la historiografía peruana, los criollos

“imaginaron” una nación peruana de espaldas a las poblaciones indígenas, a quienes se les negaba sus derechos ciudadanos. Por esta “nación criolla” construida por criollos y para los criollos –según Burga– sobreviene una crisis de identidad y de conciencia nacional: se hace más que evidente la falta de integración dentro de la comunidad peruana. En este escenario y como consecuencia de esta crisis, –siguiendo a Burga– surge la “nación mestiza” que considera a todos los peruanos como parte de una sociedad mestiza, cultural o biológicamente hablando. Este es el enfoque de la nación peruana que comparten Riva Agüero (generación del 900) y algunos representantes de la generación del centenario, tales como Porras Barrenechea, Jorge Basadre, Jorge Guillermo Leguía, entre otros. En contraste, otros representantes de esta misma generación (tales como José Carlos Mariátegui y Luis E. Valcárcel) piensan que “el indio y sus artefactos culturales [...] permanecen en su singularidad y autenticidad, sin haberse diluido en el mestizaje tan defendido por José de la Riva Agüero; había que respetarlos, conservarlos y promoverlos como parte de la nación peruana” (Burga, 2005, pp. 167-168). De acuerdo a esta última perspectiva indigenista, se dice que el Perú es indio puesto que la mayoría de su población es india, lo cual haría imposible concebir una nación homogénea y mestiza.

En cambio, para la mayor parte de los representantes de la generación del centenario, la mayoría de la población peruana es mestiza y, por ende, haría falta lograr su integración dentro de la nación peruana, que siempre gira en torno a una misma raza y cultura mestiza. Todo esto, sin desmerecer el aporte creador del indígena en todo el proceso de construcción de la nación peruana.

Finalmente, Burga (2005) habla del Perú *múltiple* de la actualidad, para referirse a la gran familia de todos los paisanos que se sienten parte de una nación real dada “la adquisición de una mayor capacidad de pensarse a sí mismos como peruanos pertenecientes a una comunidad y viviendo simultáneamente” (p. 171).

La reforma universitaria

Inspirados en los movimientos de reforma de los estudiantes de la Universidad de Córdoba, un grupo de estudiantes sanmarquinos se propuso llevar a cabo una reforma semejante, aunque adecuándola

a las características de la vida universitaria peruana. Los estudiantes buscaban reformular la enseñanza así como renovar la plana docente de la universidad. Este comité tenía como presidente a Jorge Guillermo Leguía y estaba conformado por estudiantes de los distintos años de la Facultad de Letras, entre los que estaba Jorge Basadre, representante del primer año. Es justo decirlo, lo que se pretendía era transformar la institución de la Universidad para que ésta deje de ser una isla, y se convierta en un centro de formación superior más vinculado con la realidad nacional, con las aspiraciones y necesidades del país.

De otro lado, entre los frutos de esta reforma también se cuenta la inserción del curso de Historia del Perú con carácter obligatorio, para los dos primeros años de la Facultad de Letras. Sobre este punto, Lohmann (1950) afirma: "A eso se enderezaba la división de los cursos planteada en la reforma de 1928, y no puede ocultarse qué, dentro de las limitaciones de nuestro medio, los resultados han correspondido a las expectativas" (p. 334). En esta reforma participaron varias figuras representativas de su generación, cuyos aportes pasamos a reseñar.

Jorge Guillermo Leguía (1898-1934)

Fue artífice en la formación del conversatorio, siguiendo el ejemplo uruguayo. A este personaje se le atribuye, entre otras cosas, la publicación de los "Domingos Históricos", como una sección fija del diario *La Prensa*, escaparate donde se exhibe a figuras descolantes del periodo republicano, asumiendo la tarea de desarrollar los estudios históricos, como medio de regeneración nacional. En esta misma línea, otros de sus méritos vienen a ser las notas biográficas de Rodríguez de Mendoza, la edición de las obras completas de Bartolomé Herrera y la realización de la biografía de Vidaurre. Con razón, Pacheco (1963) comenta:

Jorge Guillermo Leguía, cuya vocación por la historia se trunca por su muerte prematura, encarna el interés de la generación por el mejor conocimiento de la emancipación [...] El *Conversatorio Universitario* dedicó sus reuniones a difundir las biografías de los precursores peruanos, tan olvidados hasta entonces (p. 553).

En la historiografía extranjera de aquellos días se elogiaba las figuras de San Martín y Bolívar, pasando desapercibida la participación peruana en la lucha emancipadora. En este aspecto la reacción del estado

peruano fue tardía e ineficaz. Corbacho y Gutiérrez de Quintanilla seleccionaron documentación valiosa sobre la acción peruana durante la emancipación. Sin embargo, la obra inexplicablemente salió del país y los libros nunca pudieron publicarse (Pacheco, 1963). Otro fue el caso de la obra de Germán Leguía y Martínez: *Historia del Protectorado de San Martín en el Perú*. Se publicaron fragmentos en la revista del Instituto sanmartiniano (1936), y lo publicó luego íntegramente la comisión del sesquicentenario (1972).

Retornando a Jorge Guillermo Leguía, por lo que más se le recuerda es por su labor al frente del Museo Bolivariano, fundado por el presidente Leguía en el año 1921, y por la dirección del boletín del Museo Bolivariano entre 1928 y 1930. En sucesivos números se encarga de publicar documentos suyos o de otros acerca de los precursores como también del trasfondo ideológico y humano de la época de la emancipación, trabajos que luego de su fallecimiento se reúnen en un volumen (Leguía, 1941). Lo más encomiable, se ocupa de difundir la versión peruana de la independencia nacional. Finalmente, también destacan sus “primeros ensayos en torno a nuestra historiografía por superar los marcos nacionales e intentar la *Historia de América*” (Pacheco, 1963, p. 555). En estos, no solamente buscará presentar el estado de los estudios históricos sino también, resaltar sus limitaciones en cuanto al conocimiento de América y sus relaciones con el Perú. Pese a ello, se muestra optimista y positivo en cuanto a los avances de la historiografía con respecto a las primeras décadas del siglo pasado:

Y nuestra conquista, nuestro virreinato, nuestra gesta independiente y nuestra autonomía poseen sendos y meritísimos hurgadores y taumaturgos. Se ha estudiado con criterio totalizador y moderno, por no decir científico, lo que antes se estudió con miras de fragmentación y desde puntos de vista acientíficos (Leguía, 1941, p. 169).

Haciendo un balance desde los primeros años del siglo pasado, Leguía destaca la evolución trascendental que han experimentado los estudios históricos para cada una de las etapas de la historia patria. En cuanto a la época prehispánica, sostiene que hubo un avance significativo, dados los hallazgos de la arqueología y el mejor tratamiento de las crónicas para la reconstrucción del pasado preincaico. Para él, protagonistas de estos progresos fueron figuras tales como Uhle, Tello, Valcárcel, Riva Agüero, Belaunde, entre otros. De la etapa de la emancipación resalta la obra de

su padre Germán Leguía y Martínez, por su acendrado nacionalismo y prolija documentación. En cuanto a la etapa de República, hace mención a indiscutidas celebridades como Nemesio Vargas, Jorge Basadre y Raúl Porras Barrenechea (Holguín, 1998).

Luis E. Valcárcel (1891-1987)

El más antiguo de la generación del centenario, para algunos estudiosos casi representante de la generación anterior. Sin embargo, para otros merece ser considerado de la generación del centenario por su producción histórica, la escuela arqueológica y etnológica que promovió y la inquietud social que mantuvo a lo largo de su vida. (Pacheco, 1963).

En la primera parte de su trayectoria de producción bibliográfica, se destaca como ensayista siendo el tema principal de sus obras el alma india del Perú. En esta etapa, hace manifiesta, a través de sus escritos, su posición ideológica indigenista como también, su reacción en contra del hispanismo. Más todavía, en sus escritos revela:

Una actitud de comprensión y de amor a los valores culturales prehispánicos y a las comunidades humanas en que esos valores perviven o están latentes, pero también de beligerancia y de rechazo hacia el cambio que significa la conquista española, cuyos factores negativos se subrayan y exageran (Pacheco, 1963, p. 548).

Como historiador realiza una vasta producción acerca de variados aspectos del pasado incaico (orígenes, arte, religión, etc.), sobresaliendo entre sus libros: *Etnohistoria del Perú Antiguo* (1959), que supuso el inicio de la etnohistoria peruana como disciplina científica.

Valcárcel buscó aplicar su concepción culturalista para demostrar la correspondencia profunda entre los aspectos técnicos y económicos y las creencias religiosas, formas de organización política y social en la época incaica. Además, sus estudios etnológicos le sirvieron para identificar vestigios de las culturas prehispánicas hasta la actualidad en el Perú, un camino que luego emprenderían importantes historiadores como Flores Galindo, Burga, y otros. (Pacheco, 1963). Valcárcel, compartiendo el mismo afán por estudios arqueológicos en el Perú, conoció a investigadores norteamericanos de renombre como P. A. Means. En

torno a la contribución del primero a los estudios peruanistas, Valcárcel (1981) comenta en sus memorias:

A pesar de que fue muy efímero su paso por el Perú, tuvo muchas ideas sobre la manera de conservar y proteger la riqueza arqueológica nacional. En 1940 nos hizo llegar su aporte en ese terreno, un breve artículo “Algunas ideas para la protección de la arqueología en el Perú”, en el que mostraba la situación de la arqueología peruana y las limitaciones existentes en lo referente a su protección (p. 296).

Precisamente, gracias a la amistad entablada con Means, Valcárcel conoció otros tantos estudiosos interesados en el pasado del Perú prehispánico tales como John Rowe, Bennett, Kosok, etc. Tiempo después, sobre uno de los aportes de Rowe a la arqueología peruana, Valcárcel (2015) dirá:

Es el autor de una clasificación que se va adoptando por la generalidad de los investigadores de la época precolombina en el Perú. Establece tres horizontes: Temprano, Medio y Tardío, es decir, a los tres núcleos de otras expansiones culturales *pan-peruanas...* (p. 412).

Por todo lo mencionado anteriormente, a Valcárcel se le considera el arqueólogo, antropólogo cultural e historiador de la generación del centenario. Él fue uno de los estudiosos que pone de relieve el problema del Perú como nación indígena dando cuenta de la importancia de sus hallazgos: “Todas las evidencias acumuladas mostraban que histórica, antropológica y etnohistóricamente la presencia creadora del indígena ha sido fundamental en la construcción de lo que ahora se llamaba la nación peruana” (Burga, 2005, p.168).

Raúl Porras Barrenechea (1897-1960)

Se le considera como el historiador de la conquista y el virreinato, dentro de la generación del centenario. En un inicio, asoma su vocación histórica atraído por figuras literarias tales como José Joaquín Larriva y Felipe Pardo y Aliaga. Por esos años, dedica sus estudios a hechos y personajes públicos de la época republicana aunque también, incursiona en la cuestión de los límites del Perú con sus países vecinos. Estos logros de Porras los ratificará Pacheco (1963), años más tarde, en los siguientes términos: “El primer viaje de Porras a España y sus investigaciones en el Archivo General de Indias de Sevilla determinan su dedicación por la

conquista y el virreinato, de las cuales llega a ser la primera autoridad peruana en los últimos años” (p. 550).

Justamente, gracias a esas investigaciones en los archivos europeos y americanos, nace su inquietud reivindicatoria de la figura de Pizarro y de la conquista del Perú. Estos mismos estudios le llevaron a profundizar y desentrañar la verdad histórica sobre la vida y la obra de los cronistas del Perú. La historiografía cronística de Porras ha sido reconocida por especialistas de la talla de Lohmann (1950), quien se expresa de su obra diciendo:

Hasta que Porras irrumpió con sus análisis rigurosos y puntuales, los cronistas habían sido una entidad anónima, un conglomerado impreciso, en el que se hallaban a un mismo nivel y se otorgaba igual crédito, a Jerez y a Garcilaso, a Estete y a Montesinos o a Mena y a Huamán Poma de Ayala [...]. Mediante una depurada crítica externa e interna, estableció jerarquías y deslindó el hilo genético que liga determinadas estirpes de crónicas (p. 54).

De todas formas, si bien es cierto sus asertos cronísticos marcaron un hito en la historiografía peruana, siguiendo a Holguín es justo reconocer que sus alcances han perdido algo de “vigencia y actualidad”, no solamente por los progresos de los conocimientos en la materia en cuestión, sino también por la nuevos métodos y técnicas de aplicación historiográfica y alcances más depurados en cuanto a la heurística y hermenéutica.

Otro aspecto que llama la atención en torno al aporte de Porras a la historiografía peruana, fue su vocación unitaria e integradora. En tal sentido, manejó una visión y misión de historiador identificado con su patria, hasta el extremo de dejar de lado oposicionismos, sectarismos e individualismos. En resumen, sostiene Porras:

La labor cardinal es la unificar el criterio de nuestros historiadores en la interpretación del pasado peruano, haciendo desaparecer de ella todas las tensiones disociadoras que impliquen parcialidad o exclusivismo, con un amplio sentido de comprensión y de tolerancia, de aceptación de todos los legados anímicos y culturales de nuestra historia, sin prevenciones ni resentimientos, sin espíritu cantonal, con ese sentido unitario que preside toda la historia del Perú (Porras, 1974, p. 106).

Finalmente, su visión de la historiografía peruana le lleva a denunciar la carencia de fuentes generales que expliquen en profundidad la evolución del pasado peruano. Más todavía, lo que más echa de menos es la dispersión de los estudios en trabajos de ensayo, monografías y biografías que no explican sino manifestaciones o aspectos aislados de la historia del Perú. A partir de estas premisas, se entiende mejor el extracto del discurso de Porras (1974) pronunciado en San Marcos, por el IV centenario de la universidad:

La primera observación que ofrece nuestro panorama histórico es la riqueza del pasado peruano y, en contraposición, la penuria de la investigación y la carencia de obras de síntesis que abarquen el contenido de nuestra historia. No hay una sola historia general del Perú que comprenda las tres grandes épocas de nuestro pasado con una visión panorámica. El sino histórico peruano parece ser, desde los tiempos prehispánicos, la falta de una fuerte cohesión y el fragmentarismo (p. 102).

Jorge Basadre Grohmann (1903-1980)

Es en la generación del centenario el historiador de la República. Su vocación histórica está vinculada a su infancia en Tacna la heroica y al sentimiento patriótico que se despierta en esta ciudad los años de la ocupación chilena, en las primeras décadas del siglo pasado. Personajes influyentes en su proceso de formación histórica serán su tío Modesto Basadre (también historiador) y su viejo profesor en San Marcos Carlos Wiese (Pacheco, 1963).

En la década del centenario y en la posterior puso de manifiesto no solamente su inquietud social sino también, su tendencia a tratar el hecho histórico de manera interdisciplinaria, como queda evidenciado en la siguiente cita:

Al año siguiente, en 1929, aparecen los dos tomos de *La Iniciación de la República*, que abarcan, en cumplimiento del título, hasta 1840, pero contienen un estudio de la topografía social del Perú en esas décadas, con sus antecedentes históricos. Al estudiar las clases sociales, las corrientes ideológicas, las personalidades descollantes, analiza en profundidad los fenómenos políticos, aportando datos y perspectivas originales sobre temas hasta entonces poco o mal tratados... (Pacheco, 1963, p. 555).

En la primera etapa de su producción histórica sobresalen dos de sus obras famosas: *La multitud, la ciudad y el campo* y *Perú, problema y posibilidad*. La primera de ellas denota interpretaciones sociológicas y muy personales sobre la historia patria. En la segunda, da cuenta acerca del sentido de la historia peruana y algunos avances de la historiografía peruana a la fecha. Así, por ejemplo, en una de sus obras paradigmáticas Basadre (1958) llega a decir:

El estudio de interesantes capítulos de la historia de los españoles de ultramar no siempre es la historia peruana en el Perú. La historia del Perú empieza, en verdad, cuando los españoles se peruanizan en contacto con el suelo, el ambiente, la vida o la gente que aquí encuentran; así como deja de ser mito, arqueología o leyenda cuando los indios se españolizan en una forma u otra (p. 91).

En la segunda etapa de su labor como historiador, destaca, sobre todo, su aporte a la historiografía de la época republicana con su obra cumbre: la *Historia de la República del Perú*. Es una obra que ha sido calificada como monumental por su amplitud e integral en cuanto a su concepción de la historia, abarcando diversos aspectos de la realidad peruana. Más todavía:

Basadre entiende aquí la historia como el punto de confluencia y de síntesis de todas las ciencias sociales y antropológicas que tienen como materia prima la obra del hombre en el tiempo. Todo el pasado es historiable si alcanza una determinada dimensión, una determinada vigencia (Pacheco, 1963, p. 558).

En conclusión, Basadre en su historia del Perú presenta los acontecimientos políticos como hilo conductor del relato complementándolo con temas de diversa índole: sociología, geografía, economía, eclesiología, administración, organización social, periodismo, ideologías, etc. Sin embargo, para poder darle unidad a dicha multiplicidad de temas dentro de una misma obra tuvo como telón de fondo o presencia constante de todos sus constructos o esquemas, al Perú o a la nación peruana.

Luis Alberto Sánchez (1900-1994)

Conspicuo representante de la generación del centenario y destacado continuador de la historia literaria del Perú, emprendida por

Riva Agüero a comienzos del siglo pasado. Es innegable el aporte valioso de sus libros en la reconstrucción del pasado peruano como lo reconoce acertadamente Pacheco Vélez (1963):

Desde su obra sobre *Los poetas de la Colonia* (Lima 1921) hasta su *Literatura Peruana* en seis tomos, Sánchez ha cumplido con entusiasmo la empresa de historiar el proceso de nuestras letras desde sus orígenes hasta nuestros días. Ha subrayado siempre el aspecto sociológico y político del fenómeno literario y en veces le ha dado más importancia que al estrictamente estético al estudiar figuras y corrientes contemporáneas (p. 560).

En este sentido, merecen un renglón aparte, sus biografías de Palma, Segura y González Prada, no solamente por la minuciosidad de su estudio sino también, porque estas obras permiten un mejor y mayor conocimiento del ambiente de la época estudiada.

Por otro lado, Holguín (1998) resalta el balance de las tendencias y orientaciones historiográficas hecho por Sánchez, que sirvió “para detectar algunos obstáculos que por aquel tiempo detenían el desarrollo de la historiografía republicana” (p. 423). Así, por ejemplo, distinguió entre historiadores y monografistas examinando sus obras con una alta dosis de sentido crítico: echaba de menos la carencia de referencias bibliográficas, pero también, los errores de estilo en sus escritos. En contraste y como saldo positivo distingue la figura de Riva Agüero para la reconstrucción de la historia patria.

La figura destacada de Sánchez como prolífico intelectual, reclama entre los historiadores republicanos honestidad y valentía para contar la verdad y no dejarse llevar por temores a disentir o enfrentar a las autoridades de las altas esferas del poder o a los protagonistas de las luchas partidarias. Con razón, el profesor Holguín (1998), en el primer Encuentro Internacional de Peruanistas, afirma:

El trabajo de Sánchez, inventario rápido aunque crítico y descarnado de la historiografía peruana facturada en la República, reclamaba pues una imparcial historia de la República [...]. Por cierto, no se mostraba muy satisfecho por los logros historiográficos. Los nuevos vientos que soplaban sobre el país hacían esperar mejoras en todo campo (p. 424).

Por lo demás, la producción histórica de Sánchez resulta valiosa e interesante en cuanto a dos ensayos para el análisis de la historiografía

republicana: *¿Existe América Latina?* (1945) y *Liquidación del 900* (1973). Sin embargo, esta última obra fue claramente rebatida por Pedro Planas (1994), en los siguientes términos: “Restringir estos esfuerzos (de los novecentistas) a cierto *arielismo*, con sabor a idealismo o retórica intelectual, tiene el enorme inconveniente de hacernos perder de vista su intensa vocación peruana, sin la cual no podrían explicarse los posteriores estudios nacionales” (p. 27).

Sin embargo, el libro de mayor y mejor factura para el historiador de la República viene a ser *Fundamentos para una Historia Americana*, puesto que sirve para guiar u orientar “en los aspectos fundamentales y comunes de los pueblos hispanoamericanos” (Pacheco, 1963).

Conclusiones

Desde el enfoque indigenista, los auténticos y legítimos orígenes de la comunidad y nación peruana son andinos dado que, para ellos, anteriormente no se podía hablar de comunidad nacional en un país donde los indios, la gran mayoría del país, eran excluidos de la ciudadanía y no se les consideraba peruanos. En esta esta misma línea, se piensa que el indio que ha permanecido en su singularidad y pureza primigenia, no cabe “asimilarlo” dentro el proceso del mestizaje y menos aún, concebir a los indios –considerados mayoría del país– como parte de una nación homogénea.

En contraste, desde la tesis del mestizaje, De la Puente (1999-2000) afirma que la fuente u origen de la nación peruana viene a ser la personalidad mestiza del Perú, dado que las expresiones mezcladas explican el pasado y el presente del país y desde la época de la conquista. De ahí que se llegue a concebir el factor andino y el occidental como elementos esenciales en la conformación de la nación peruana y se erijan como prototipos de la peruanidad a personajes tales como Garcilaso de la Vega, Pizarro o Túpac Amaru. Además, desde esta postura los indios también se consideraban parte de la nación peruana. Sin embargo, para los indigenistas esta idea de la nación sería una simple ficción, puesto que ellos creen que una comunidad nacional sólo se construye en un país siempre y cuando se incluya a los indios como ciudadanos de tal sociedad.

Desde otro ángulo, Flores Galindo (1988) opina que la ideología dominante empuja a que los estados se constituyan en nación, que se define por una serie de lazos que unen a sus integrantes como su alma nacional, reproduciendo así modelos europeos extraños a la sociedad peruana. En tal sentido, este autor –a diferencia de los antes citados– postula la idea que no hay identidad nacional sino, más bien, muchas expresiones culturales diversas. Es más, él también sostiene que existe el deseo de un grupo dominante (de “derecha”) por imponer su “cultura” sobre las otras, que vienen a ser las clases dominadas o condenadas al silencio. A pesar de estas críticas sesgadas y dicotómicas, el mismo autor reconoce y muestra su optimismo con respecto a los cambios que se vienen dando las últimas décadas, en lo que respecta a los espacios que se han creado y que ponen de manifiesto diferentes tradiciones de aquellos “nuevos” protagonistas –antes relegados– de la vida cultural del país.

Uno de los intelectuales que contribuyó significativamente a la historiografía peruana ha sido César Pacheco Vélez. A él se le debe el tratamiento más interesante que se haya hecho, hasta ahora, sobre la generación novecentista y la generación del centenario. Su predilección por la historia de las ideas lo lleva a convertirse en continuador de la obra de Riva Agüero y a ser fiel discípulo de Belaunde hasta su muerte, pasando a sucederle en la dirección de la revista *Mercurio Peruano* (1968-1978). Dentro de su obra no solamente se trasluce su vocación peruanista, sino también, su visión global y sintética de la historia peruana y su convicción profunda en la capacidad integradora del país.

Bibliografía

- Basadre, J. (1958). *La promesa de la vida peruana*. Lima: Ediciones Populares.
- Burga, M. (1995). “Los *Annales* y la historiografía peruana (1950-1990): mitos y realidades”. *Ciencias Sociales*, 1, (Lima), 11-33.
- De la Puente Candamo, J. A. (1999-2001). “La historiografía peruana del siglo XX y su aporte a la visión mestiza de la nacionalidad”. *Revista Histórica*, 60, pp. 103-119.
- Flores Galindo, A. (1988). “La imagen y el espejo: la historiografía peruana (1910-1986)”. *Márgenes. Encuentro y Debate*, año II, n. 4, 55-83.
- Hampe Martínez, T. (1996). “Trayectoria y balance en la historiografía peruana: 90 años de la Academia Nacional de la Historia (1905-1995)”. *BIRA* 23 (Lima), 39-61. <http://repositorio.pucp.edu.pe/>

- index/bitstream/handle/123456789/113875/9722-Texto%20del%20art%C3%ADculo-38466-1-10-20140729.pdf?sequence=2&isAllowed=y
- Holguín Callo, O. (1998). "La historia de Perú al trasluz: Balances 1910-1960". En *I Encuentro Internacional de Peruanistas: estado de los estudios histórico-sociales sobre el Perú a fines del siglo XX* (pp. 419-438). Lima: Universidad de Lima y Fondo de Cultura Económica.
- Holguín Callo, O. (2015). *Raúl Porras y los cronistas del Perú*. Lima: Ediciones de Clío.
- Leguía y Martínez, G. (6 de marzo de 1929). "Veinticinco años de labor histórica". *Variedades*, N° 1096. Año XXV, s.p.
- (1936). Fragmentos de la Historia del Protectorado de San Martín en el Perú. *Revista del Instituto Sanmartiniano del Perú*, n. 2, 70-88; n. 3, 53-86; n. 4, 82-104.
- (1941). *Hombres e ideas en el Perú*. Santiago de Chile: Ercilla.
- (1972). *Historia de la emancipación en el Perú: el protectorado*. Lima: Comisión del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. 7 tomos.
- Lohmann-Villena, G. (1950). "Los estudios históricos en el Perú en los últimos cincuenta años". *Mercurio Peruano*, XXV, 282, pp. 330, 331 y 333.
- Matos Mar J., Deustua J. y Rénique J. L. (eds.) (1981). *Luis E. Valcárcel Memorias*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Pacheco Vélez, C. (1963). *Historiografía peruana contemporánea*. Lima: El Sol.
- (1964). "Los historiadores del Perú en la generación del 900". *Fanal*, vol. XIX, n. 69, 2-11.
- Planas Silva, P. (1994). *El 900. Balance y recuperación*. Lima: Centro de Investigación y Tecnología para Desarrollo de las Ciencias Sociales.
- Porras Barrenechea, R. (1974). *Mito, tradición e historia del Perú*. Lima: Peisa.
- Sánchez, L. A. (1973). *Balance y liquidación del novecientos*. Cuarta edición. Lima: Universo.
- (1991). *¿Existe América Latina?* Cuarta edición. Lima: Imprenta Editora Atlántida.
- Valcárcel, L. E. (2015). *Historia del Perú Antiguo*. Lima: Ediciones Copé.